

R

O

S

A

AUTORA: ROSA R. F.

FERNANDO:

Rosa me preocupa. Tantos años cuidando de nuestro padre, de nosotros, de nuestros hijos, y ahora sola.

Varias veces la he visto después del funeral de nuestro padre, tres meses ya. Hablamos por teléfono, eso sí. Parece que está bien, poco comunicativa, como siempre.

Rosa, parca en palabras, generosa en hechos.

De niños, ella también niña, cuando se hizo cargo de nosotros después de la muerte de nuestra madre, nunca nos sermoneaba, solo dejaba claras nuestras tareas, y nosotros tras el impacto de la situación familiar, andábamos como autómatas, y obedecíamos. Rosa decía que con una vez que nos dijera lo que teníamos que hacer bastaba, puesto que no éramos sordos.

Yo entonces, nunca me cuestioné el cambio que se había producido en Rosa, pero si lo hice más tarde. Ella siempre había sido una niña responsable, siempre ayudaba a nuestra madre, especialmente en los últimos meses. Pero a veces también alborotaba o dejaba su habitación sin recoger, igual que nosotros.

Rosa a los pocos días de desaparecer mi madre, puso mi cama en su habitación, guardó casi todos sus cachivaches personales, sus juguetes, sus libros, parte de sus ropas, para compartir su espacio conmigo. Yo, hasta ese momento, había sido "el peque", pero de pronto me convertí en Fernando.

Ahora duermes aquí, dijo señalando mi cama. Mucho después comprendí, que mis llantos nocturnos y las peleas con mi hermano la llevaron a decidirse. Volví a la habitación de los chicos, años más tarde, cuando mi hermano la desocupó. En realidad, la habitación de Rosa, tan rosa como ella, se convirtió en la mía, ella solo la ocupaba en sus horas de sueño.

Yo apenas recuerdo a mi madre, sólo las imágenes de ella que Rosa colocó por toda la casa. A mi padre le pareció excesivo, muchos años después lo comentó, nunca delante de Rosa, pero aceptó, porque fue ingrato para él privar a su hija de sus clases en el instituto, aunque él, de facto, tampoco lo hiciera. Ella fue asumiendo las tareas ese largo verano, y cuando llegó el otoño, siguió con su papel de joven ama de casa, con toda naturalidad, y nadie pensó que pudiera hacer otra cosa.

Me duele que esté sola, podría venir a vivir con nosotros, los niños le alegrarían. Con ellos si ha sido siempre cariñosa. Les dio a sus sobrinos y su sobrina las caricias, los besos y los caprichos que no nos dio a nosotros, sus hermanos.

De momento prefiero esperar, ya habrá tiempo para plantearlo, más adelante quizás.

JOAQUÍN:

Llamo a Rosa todas las noches por teléfono, mi hermano Fernando ni se lo imagina, pero es así. Se que no soy cariñoso como él, mi padre tampoco lo fue, pero creo, que sí soy justo, y que se lo debo.

Ella nos educó a su manera, un tanto estricta, con pocos besos y pocas concesiones, pero hizo una buena labor. No faltamos nunca al colegio, ni al instituto, ni casi a la universidad. Después de muchos años fuera de casa para “labrarme un porvenir”, que era la frase familiar. Para no dejar ese porvenir truncado, se hizo cargo de mi hija. No se truncó el porvenir y mi esposa y yo nos hemos convertido en una pareja de éxito, con una preciosa hija adolescente, pero lejos de Rosa.

Cuando hablamos le insisto que tiene derecho a una pensión, cuidó de mi padre, nos cuidó a nosotros. Su vida dedicada a eso. Pero ella es terca, no quiere oír hablar de papeles. Fernando y yo ya lo comentamos, no la despojaremos de lo que consideramos su casa, aunque sea de los tres. Incluso pensamos en una aportación económica de ambos, pero aún no se lo hemos propuesto. Recordamos el rechazo que tuvo cuando quisimos contratar una ayuda extra, después del segundo ictus de mi padre. Con el primero, mi padre se volvió melancólico, con el segundo, un auténtico tirano. Algunos domingos de reunión y obligada paella en su casa, nos llenaba la cabeza de los recuerdos de mi madre cuando eran jóvenes, esperando que pensáramos que la había guardado fidelidad hasta después de muerta. Nosotros sabemos que no es así, lo que desconocemos es si Rosa también lo sabe. Al fin, un hombre viudo, con tres hijos a los que alimentar, un trabajo modesto, pero exigente. Mi hermano y yo lo podíamos entender, y agradecíamos que no hubiera metido una mujer en nuestra casa. Allí ya estaba Rosa, eran sus dominios, irreprochable en sus tareas. La limpieza excesiva, la comida correcta, todo sin despilfarros, siempre un poco de menos que de más, y con nuestra educación, implacable. “Chapados a la antigua” escuchábamos en boca de las madres de nuestros compañeros de clase. Rosa aún está de buen ver, debería hacer algo con su vida, pero no seré yo quien se lo diga, más adelante quizás.

GLORIA:

No sé porque elegí a Rosa, un pálpito quizás. Nada más decidirme y pedir su documentación para tramitar el alta en la seguridad social, casi me arrepiento. El tiempo que tardó en volver, con todos sus papeles en orden me hizo pensar. Tal vez

me desarmó su sinceridad, cuando confesó que era su primer trabajo. Una mujer de su edad, soltera, y sin haber trabajado nunca. Luego relató, eso sí sucintamente, su experiencia. Responsabilidades en el hogar familiar desde muy joven, por la muerte de su madre, dos hermanos menores, su padre, ocasionalmente cuidando de sus sobrinos, especialmente de su sobrina, a la que había criado desde bebé, hasta su inicio escolar. Los dos últimos años a cargo de su padre, al que un segundo ictus había dejado postrado en una silla de ruedas.

En ningún momento había discutido el sueldo, ni el horario, que sí había supuesto un problema para las otras mujeres que se habían presentado a mi anuncio.

Rosa, en este tiempo, ha disipado todas mis dudas, estoy muy contenta de haberla elegido. Sigue siendo tacaña en palabras, como el primer día, pero generosa en hechos. Los días que no viene la masajista, ella se hace cargo de la continuidad de ese tratamiento, a mí nunca se me hubiera ocurrido pedírselo, pero ella lo ha asumido como cosa normal. Apenas noto la diferencia entre las manos de ambas, sólo que mientras mi masajista va desgranando los avatares de su vida, Rosa trabaja en silencio.

A veces me pregunta sobre mi enfermedad y mis circunstancias, pero enseguida se arrepiente, lo noto en sus gestos, pero yo le cuento, como lo más natural del mundo, algunos hechos de mi vida. Esa confianza por mi parte, la lleva a ser más expansiva, y ella también me cuenta. Creo que he empezado a conocerla un poco. No sólo sus circunstancias, sino su actitud ante sus circunstancias.

Rosa se ha negado a sí misma desde muy joven, casi desde niña. Es como si no hubiera existido para ella misma, todos sus esfuerzos encaminados a que su familia saliera adelante. Creo que ya es hora de hacerle ver, que ella existe, que es una persona en sí misma. Ella ya ha dado el primer paso, ponerse a trabajar, a ganarse un sueldo, sin contar con sus hermanos.

Rosa me está ayudando mucho en mi recuperación, yo intentaré ayudarla en la suya. Poco a poco, despacio, como me dice ella cuando intento abandonar la silla de ruedas. Poco a poco, pienso yo, cuando hablamos cada vez más de nuestras respectivas situaciones.